

Rodríguez, J. (2019). *La caída. Viejo San Juan: Ediciones Laberinto*

Reynaldo Padilla-Teruel¹

Universidad Carlos III de Madrid, España



¹ Doctor en filosofía por la Universidad Carlos III de Madrid (España) y miembro investigador de la Pontificia Universidad Javeriana (Colombia).

Correo electrónico: reynaldo.padilla@upr.edu

Padilla-Teruel, R. (2022). Rodríguez, J. *La caída. Viejo San Juan: Ediciones Laberinto*.

Cuestiones de Filosofía, 8 (30), 231-235.

<https://doi.org/10.19053/01235095.v8.n30.2022.14332>

El texto mezcla la memoria injusta y la justa in-memoria de un ser con epilepsia. La narrativa de José Julio Rodríguez no ontologiza esta enfermedad como un ente ajeno a él, sino que la expone en el modo de su propio estar enfermo. En lugar de crear un monolito de su enfermedad, el autor otorga existencia a ésta mediante sus vivencias. Y no nos confundamos aquí con la imagen de un enfermo en su pasivo asimilar la enfermedad, sino como un esclarecimiento de cuentas con eso que le violenta y le arrebató de sí. Con eso que le hace ser de la manera que es:

El tumor era mío. Mi cuerpo lo creó (...) Es tan difícil pensar que nuestro propio cuerpo se consume que preferimos echarle la culpa a cualquier agente externo (...) Una masa creció en mi cerebro, producto de células que mi cuerpo generó (...) Lo que quiere decir que yo mismo, desde adentro, desde lo más íntimo traté de acabarme. Sí, el tumor era mío, el tumor era yo (Rodríguez, 2019, pp. 71-72).

Tengamos en cuenta que, tanto la salud como la enfermedad son parte de la misma naturaleza. O sea que estar sano y estar enfermo son ambos fenómenos naturales; son pues, diferentes “(...) modos de andar estabilizados de la vida (...)” (Canguilhem, 1971, p. 157). Pero sucede que solo la salud es considerada como el estado óptimo del organismo. El concepto de salud es uno histórico-cultural y no empírico científico, lo que implica que toda época definirá, moldeará y sobre todo vivirá su propio concepto de salud: “(...) [l]a salud, dice Leriche, es la vida en el silencio de los órganos (...)” (p. 63). Si la salud es un silencio, la enfermedad es un escandaloso ruido.

Piensa Canguilhem que solamente el organismo es quien se enferma, pues “(...) es médicamente incorrecto hablar de órganos enfermos, de tejidos enfermos o células enfermas (...)” (p. 171). Estar-enfermo es un modo de ser solo para el organismo en su totalidad, y son sus constantes vitales, ya sea por su propulsividad o por su repulsividad, las que “(...) introduce[n] en la conciencia humana las categorías de salud y de enfermedad (...)” (p. 171). Así pues, estar-enfermo es un valor bio-psico-social negativo para la existencia de un ser vivo total, íntegro e individual en relación a su medio ambiente y sus funciones.

Es cierto que el gato, el perro, los peces y las plantas se enferman también y son capaces de “vivir” enfermos, pero solo el ser humano es quien eleva el sufrimiento fisiológico de su enfermedad a una modalidad existencial onto-patética que se manifiesta como afectación de su ser en el mundo. Sabemos con demasiada certeza que la frase “no me siento bien” puede encerrar toda clase de enigmas patológicos, desde la más simple queja hipocondríaca

hasta la más profunda inquietud existencial, como puede ser la inminencia de muerte.

Desde esa profundidad se levanta la memoria como artífice imponente, pero también como sereno recordar. Rodríguez conmemora en su escritura un embestir contra su propio cuerpo y contra un mundo que obliga a sufrir calladamente. Recordar y escribir no son ya maquinaciones del sufriente. Recordar el cuerpo azotado por sí mismo es aquí la victoria y la burla suprema. Narrar lo que muy bien pudo haber no sido, tampoco narrado. Un tipo de contingencia que su pendular juega entre la vida y la muerte, entre el silencio y el ruido. Y finalmente, entre la escritura y las hojas en blanco. Cuando uno debió haber muerto en un evento, recordar tal evento es siempre un absurdo y descarado suponer. Una muerte pospuesta impone, a veces, toda una vida. Pero en el más grave de los casos, impone el modo y la forma de vivir. Algo que no puede ser exonerado pero quizás suavizado:

Busco algo que perdí hace mucho. Algo que intento apalabrar (...) Lo guardé donde no pudiera alcanzarlo. Ahora ni siquiera recuerdo qué es lo que debo buscar. Pero lo busco (...) Me da pánico que de alguna manera deje de existir. Me niego a perder aquello que me formó. Aquellas experiencias, a veces terribles, a veces hermosas, que me hicieron ser quien soy. El pasado existe sólo porque lo recordamos. El olvido será mi condena (Rodríguez, 2019, pp. 108-109). En alguna parte leí que la epilepsia afecta la memoria (...) Eso era lo que me faltaba. Además de epiléptico, cojo, ciego, sordo (...) ahora voy a perder la cabeza. ¿Será mi destino convertirme en una pila de nada? (p. 122).

“¿Cómo se escribe sobre un recuerdo perdido? ¿Cómo se atrapa aquello que por naturaleza es fugaz?” (p. 70) se pregunta Rodríguez. Tal como se advirtió al comienzo, decimos de una memoria injusta en tanto evoca un sufrimiento y una enfermedad, pero también, justa in-memoria porque en ella se reivindica la posibilidad de volver a escribir la vida misma desde la enfermedad y su peculiar estar-enfermo. Aquí se presta la auténtica posibilidad de ser-en-la-enfermedad. ¿Que son las enfermedades? Diremos junto con Canguilhem que son:

(...) crisis de crecimiento hacia la forma y estructura adultas de los órganos, de la maduración de las funciones de autoconservación interna y de adaptación a los requerimientos externos. Son también crisis en el esfuerzo emprendido para igualar a un modelo en el plano de las actividades elegidas o impuestas, y en el mejor de los casos, defender valores o razones para vivir (...) Este fin puede ser precipitado por enfermedades brutales o bien

responsables solamente de una disminución en la capacidad de resistencia a otras (2004, pp. 24-25).

Si tanto la salud como la enfermedad son fenómenos naturales, la enfermedad no es mala en sí misma como se suele creer, sino que su negatividad se da como juicio de valor en cuanto al desempeño biológico-vital del ser vivo, es decir, en lo que significa enfermarse y vivir enfermo. A fin de cuentas, la enfermedad no trae nada nuevo consigo, pues ya está todo en nosotros, solo que en potencia. La enfermedad no cambia ni crea ninguna ley biológica ni fisiológica. Las enfermedades imponen modos de vivir.

No olvidemos que narrar los padecimientos de una enfermedad desde la autocomprensión de un ‘estar-enfermo’ logra, al menos, desdoblarse un tipo de cura. No pensemos esta cura como definitiva y salvadora porque no lo es. Lo que adviene realmente es un breve alivio que se da por medio del “poseer” la palabra: “Solo tengo un arma. Las palabras” (Rodríguez, 2019, p. 19). Porque si bien cada ataque de epilepsia se presenta como una posesión y descarga salvaje que hace a uno desplomarse, poseer la palabra es también una descarga y una venganza brutal. Venganza piadosa con uno mismo cuando comprendemos lo que se es en la enfermedad.

En la caída no hay tiempo para lamentarse. Esta caída, la caída que titula el escrito de Rodríguez es un sustantivo. Caer es verbo y acción del cuerpo en cadencia, pero la caída es un evento, eventualidad pura que consume el evento de caer atacado por sí mismo. Ataque efectivo, caída segura. El cuerpo que cae en la caída no se deja caer ni se resiste a ella, cae porque así lo dicta su afectación; cae porque así lo dicta su ‘estar-enfermo’.

Su ‘estar-enfermo’ es una constante vital repulsiva para el organismo, que no solo refleja el desmejoramiento general de la afección en los procesos biológicos del cuerpo ahora mórbido, sino que indica también el desmejoramiento y, sobretodo, la decadencia de la vida vivida por el organismo humano. En este sentido, tal como sostiene Jean Améry: “(...) hoy estamos un poco menos sanos que de lo que estábamos ayer y apenas un poco más de lo que estaremos mañana (...)” (2011, p. 49). Pensada la enfermedad como crisis de la vida, ésta siempre tiende al peligro. Y tal como dijo Jankélévitch², “lo peligroso de todo peligro es la muerte” (1992).

A pesar de esto, Rodríguez no nos narra la osadía de haber superado el advenimiento de su enfermedad. Más bien da cuenta de lo vivo de las palabras

² Parafraseo de *La aventura, el aburrimiento, lo serio*.

que narran su estar-enfermo. Pues hay palabras que sobreviven en el relato, mientras que otras se perdieron entre tanto ruido y se fueron encontrando en el olvido con cada ataque. Una verdadera escritura patofilosófica, en el sentido de que es producto directo de las alteraciones generadas por un cerebro que se burla de la norma y se ríe de la vida con vital creatividad. Un desorden orgánico que, a veces, comienza con un leve aviso y que impulsó toda una genuina y muy sincera meditación personal sobre lo que es el caer y el cuerpo que cae.

Referencias

Améry, J. (2011). *Revuelta y resignación, acerca del envejecer*. Valencia: Pre-Textos.

Canguilhem, G. (1971). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI.

Canguilhem, G. (2004). *Escritos sobre la medicina*. Madrid: Amorrortu.

Jankelevitch, V. (1992). *La aventura, el aburrimiento, lo serio*. Madrid: Taurus.